

miércoles 24 de octubre de 1990

Murallas Ante el Embate de la ola Democrática

Sistemas que Sobreviven

- * Tiene su Equivalente Aquí la Transformación Polaca
- * Van por Caminos Diferentes el Discurso y la Realidad
- * Crucial, el Apoyo Externo en los Momentos de Crisis

LORENZO MEYER

En los tiempos que corren, son muchos los autoritarismos que han caído en nuestro continente y en Europa, pero algunos se mantienen, entre ellos el nuestro. ¿Cuál es el secreto de esos sistemas que sobreviven como murallas al embate de la ola democrática?

Desde Aristóteles, la comparación entre los sistemas políticos ha sido una de las mejores vías para llegar a comprender mejor la naturaleza de cada uno de ellos. Aunque a primera vista no parezca, ver a México teniendo a Polonia como trasfondo ofrece la posibilidad de adentrarse en la cuestión de por qué algunos sistemas autoritarios como el nuestro sobreviven, cuando otros, como el de Polonia, han caído pese a que en algún momento de tan sólidos hasta llegaron a parecer totalitarios.

La conveniencia de la comparación entre Polonia y México me la sugirió la lectura de un breve artículo del profesor de ciencia política de la Universidad de Chicago, Adam Przeworski, y que fue presentado la semana pasada en un coloquio internacional que tuvo

SISTEMAS QUE SOBREVIVEN

Signo de lo primero plano

lugar aquí en México en torno de las relaciones y contradicciones que hay entre la democracia política y la social en estos tiempos del neoliberalismo triunfante. El artículo al que me refiero es breve, aún no se publica, y se titula: "Las causas fundamentales y las condiciones precipitantes del cambio político en la Europa del Este". Pasa a resumir algunos de los puntos donde la comparación entre los desarrollos políticos de Europa Oriental y México resulta interesante.

Para el profesor de Chicago —que se mueve con igual soltura en el exánge de la realidad política de América Latina que en la de Europa Oriental— desde los años setenta, el Partido Comunista polaco había perdido su energía revolucionaria original y se había aburguesado y hundido en la dulce vida del "comunismo de goulash". La propensión de los gobernantes polacos a consumir era tan conspicua como su desagrado a seguir usando la ropa obrera, movilizar en la plaza pública a sus besos o desvelarse noche tras noche en reuniones políticas para seguir inyectando a la sociedad la línea política del partido. Para entonces, la cúpula comunista había logrado un pacto social perverso con las masas; la primera ofrecía a las segundas la seguridad de ciertos mínimos de bienestar material que eran pagados con la obediencia y el silencio. Uno de los resultados de tal pacto fue la consolidación de una sociedad atomizada, materialista y cínica.

★
El discurso político oficial polaco era uno en donde el emisor no creía lo que decía pero tampoco esperaba que el receptor lo creyera; bastaba con que la conduc-

mía destruida. En febrero de 1989 se tomó la decisión de revertir la tendencia como la única opción pacífica, y entonces se abrieron las puertas al pluralismo democrático y a la economía de mercado. El "socialismo real" murió en Polonia. Un factor decisivo en esa muerte fue la actitud asumida por la Unión Soviética, y que puede resumirse así: la URSS no tenía la voluntad política ni los recursos económicos para repetir en 1988 lo que había hecho en 1956 en Hungría o en 1968 en Checoslovaquia, y decidió aceptar sin resistencia el cambio de régimen.

Ahora bien, resulta que los puntos subrayados por el profesor Przeworski para explicar la transformación polaca tienen equivalente, casi punto por punto, entre nosotros. Para empezar, nadie necesita mayores datos sobre el aburguesamiento de la élite postrevolucionaria. A partir de 1946, los líderes mexicanos dejaron de tener el olor a pólvora en sus galones, es más; ya ni galones tuvieron. A partir de entonces llegaron al poder sin pasar por el campo de batalla pero tampoco por el de las urnas; su carrera fue, sobre todo, producto de la política de círculo cerrado y la lucha interburocrática. Y el poder así recibido y generado lo usaron. El caso de Miguel Alemán es símbolo de un camino recorrido, con mayor o menor suerte, por varios millares de miembros de la élite política mexicana: presidentes, gobernadores, secretarios de estado, directores de empresas parastatales, alcaldes, dirigentes sindicales, etcétera.

¿Y qué decir del discurso? En México como en Polonia, ese discurso y la realidad han ido por caminos diferentes, casi

La similitud entre los procesos polaco y mexicano continúa y llega incluso al golpe de Estado incurso. Aquí hay el equivalente a Jaruzelski. Ante el fracaso del grupo político tradicional —de los hoy llamados "dinosaurios"— y de su irrelevancia para enfrentar la crisis económica y política iniciada en 1982, asumieron el poder político de formación distinta a la tradicional. En Polonia fue el ejército el que hizo discretamente a un lado al Partido Comunista, aquí en México quienes marginaron al partido del Estado y a sus cuadros tradicionales fueron los tecnócratas. Acá como allá, los desplazados resentieron la pérdida del poder real, pero finalmente aceptaron su marginación a cambio de retener algunos de sus privilegios y ciertos símbolos del poder. Unos pocos intentaron resistir, como fue el caso del líder petrolero Joaquín

Hernández Galicia, pero entonces sí entró en acción la tropa y los aplastó en un abrir y cerrar de ojos. Ahora bien, las bayonetas polacas no resultaron instrumento adecuado para acallar el descontento social. Tampoco lo lograron los tecnócratas de aquí, y en las elecciones de 1988 la sociedad mexicana puso en claro que el régimen ya no podía contar con la vigencia del viejo pacto: ese que otorgaba obediencia y silencio a cambio de eficiencia económica.

Es aquí donde termina el paralelo entre Polonia y México. Al finalizar los años ochenta, el ejército polaco ya no pudo contar con el apoyo de la potencia hegemónica de su región, pues ésta había perdido la Guerra Fría y se encontraba inmersa en su propia crisis interna, en contraste al autoritarismo mexicano con el apoyo abierto y decidido de su potencia hegemónica: los Estados

Unidos, quienes pese a sus problemas internos —déficits fiscal y comercial gigantes— resultaron los ganadores de esa Guerra Fría. En 1988 Washington acudió al rescate de los tecnócratas mexicanos y su régimen mediante un préstamo en una circunstancia crítica —seis mil millones de dólares— y, sobre todo, con su aceptación y apoyo público a los resultados electorales de ese año en que la oposición mostró una fuerza inesperada.

★
En conclusión, la comparación entre los desarrollos políticos de Polonia —y del conjunto de la Europa del Este— y el de nuestro país, nos permite intentar, a manera de meras hipótesis, algunas generalizaciones sobre los procesos de cambio en los sistemas autoritarios a fines del siglo XX. La primera sería la correlación que existe con el correr del tiempo, entre el monopolio del poder y la

pérdida de vitalidad de la élite política. La segunda íntimamente relacionada con la anterior es la inevitable acumulación de sedimentos de ilegitimidad por la persistencia en el tiempo de la contradicción entre el discurso político oficial y la realidad de ahí que exigir el cumplimiento de los ordenamientos constitucionales se convierta en una actitud revolucionaria. Finalmente, la comparación de la relación Polonia-URSS y México-Estados Unidos permite resaltar lo crucial del apoyo de la potencia hegemónica en los momentos de crisis estructural del autoritarismo; sin ese apo-

yo, es muy difícil que el autoritarismo en los países periféricos pueda intentar la refuncionalización como una salida viable. Ahora bien, suponiendo que con

esa ayuda la lograra, las reglas del neoliberalismo no le dejarían más camino que seguir que el de la marginación de un buen número de ciudadanos.

lista y cinica.

★

El discurso político oficial polaco era uno en donde el emisor no creía lo que decía pero tampoco esperaba que el receptor lo creyera; estaba con que la conducta externa de éste se apegará a las formas, como si lo dicho realmente correspondiera a lo hecho. En esas condiciones, la oposición, cuando finalmente surgió como resultado de la contradicción, no tuvo que recurrir a ningún paradigma político alternativo para poner en duda la legitimidad de los gobernantes. No, simplemente se contentó con demandar que la acción del poder público se ajustara al ámbito constitucional; que realmente el poder surgiera de y sirviera a los que decía representar, a la clase trabajadora, a la mayoría.

La demanda de adecuar la acción cotidiana y efectiva a la forma legal, resultó una demanda subversiva por imposible. Esa imposibilidad mostró lo débil que era, en el fondo, el régimen socialista de Polonia y los de toda la Europa Oriental. Fue esa debilidad la que finalmente llevó a las cúpulas polacas —con la aprobación soviética— a recurrir a la fuerza para poner fin al impugnamiento de que eran objeto por parte de grupos sociales cada vez mayores y más audaces. En 1981 el general Jaruzelski tomó el poder para enfrentar directamente con el ejército el creciente rechazo al gobierno y al régimen por parte de los trabajadores organizados en el sindicato Solidaridad. Para el profesor Przeworski, el ascenso de Jaruzelski al puesto central de la estructura de poder significó un golpe de Estado incruento, pues desembocó en la marginación real del Partido Comunista por el ejército. A partir de ese momento fueron los militares y no los comunistas quienes ejercieron el poder en Polonia.

Enfrentados directamente el ejército y los obreros polacos, la política se convirtió en un ejercicio de fuerza que a la larga resultó inviable. Para 1988, el mantenimiento del control por el general Jaruzelski hubiera requerido de represión abierta y constante en medio de una

empresas paraestatales, alcaldes, dirigentes sindicales, etcétera.

¿Y qué decir del discurso? En México como en Polonia, ese discurso y la realidad han ido por caminos diferentes, casi opuestos. Aquí también hay —más bien, hubo— un pacto implícito. Los dirigentes no creían lo que decían y los dirigidos tampoco, aunque guardaban las formas. En boca de los gobernantes y los dirigentes del partido del Estado, términos como revolución y revolucionario, democracia, justicia, equidad, nacionalismo, honradez, soberanía, solidaridad etcétera, son conceptos que hace un buen tiempo se quedaron huecos, carentes de contenido.

★

Como en Polonia, en México la oposición más efectiva resultó aquella que se propuso usar a la Constitución como un documento subversivo. En 1968, por ejemplo, el movimiento estudiantil movilizó a una parte de la sociedad contra el autoritarismo presidencial exigiendo simplemente el cumplimiento a pie de la letra de las disposiciones constitucionales. La brutalidad de la represión de entonces dio la medida de lo subversivo de la demanda, situación que se repitió poco después, durante el tristemente célebre "Jueves de Corpus". Desde entonces y hasta hoy, la mejor arma de los opositores al partido del Estado ha sido la exigencia de hacer realidad el marco legal vigente.